

CUENTO EN NAVIDAD

Mira, mamá, cuantos paquetes tiene el guardia!

-Sí mi niño, son regalos de Navidad, para desearles felices Pascuas y ayudarles a que las tengan.

-¿A los guardias también se les regala?

-Bueno, en Navidad se puede regalar a todo el mundo; es una forma de interpretar el mensaje de paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

-Pero papá siempre está hablando mal de los guardias.

-Papá y todo el que tiene coche; por eso, se aprovecha las Navidades y se les regala, a ver si les viene la buena voluntad para el resto del año.

-¿Y les viene, mami?

-Siempre se exagera, hijo. Un guardia puede ser una ayuda en la circulación si acierta a ordenarla. En fin, como la "Malvaloca" tienen cositas buenas y cositas malas, que son las que más se airean.

Jorgito, al mismo tiempo que oía las explicaciones de su madre, y trataba de seguirla en el ritmo apresurado de sus pasos sorteando los posibles pisotones de tanta gente como deambulaba por las calles, procuraba fijar la mirada en los paquetes tratando de descifrar los nombres de sus donantes que, en letras claras y muy grandes, con intenciones propagandísticas, envolvían los regalos. Sus conocimientos generales básicos no le permitían leer con velocidad aún, y además, el tipo de letra no era el empleado por la Editorial a la cual le había adquirido su material didáctico por consejo del profesor. Tendría que traducir primero para leer después, y seguir caminando. Demasiado. Mejor era practicar la contemplación, mientras pensaba.

Jorgito iba al colegio. Según su ficha escolar se encontraba cursando los estudios correspondientes al segundo año del primer nivel de la enseñanza general básica. Según el comentario paterno eran mil seiscientas al mes más los gastos de matrícula, libros y uniforme más ropa de gimnasia; para enseñarle lo de siempre: que dos por dos son cuatro y que la "i" con la "l" se lee "li". Pero ésta no deja de ser nada más que la opinión del padre

de Jorgito. El caso es que Jorgito, y su familia, vivían cerca del Colegio y se ahorraban el gasto del transporte a cambio de acompañarlo en la ida y en la vuelta, un día mamá y otro día papá. Pero, usando siempre el mismo trayecto, acabó conociéndolo; oyendo siempre las quejas de sus progenitores por lo que calificaban de "lata", acabó rechazándolos; viendo que por el mundo, y por la acera, iban jóvenes solos, sin acompañamiento, acabó deseándolo. Planteó el problema ante la familia quienes, primero, se negaron; segundo,

lo condicionaron a un entrenamiento para cruzar la calle; tercero, lo practicaron, siguiendo a prudente distancia, y, cuarto, acabaron consintiendo. La alegría de Jorgito el primer día que fue al colegio completamente solo era mejor para observarla que para describirla, pero lo intentaremos: amplia sonrisa de satisfacción. Un cierto tuteo con la mirada hacia las personas con las que se cruzó en el camino. Un grito callado de independencia que se traducía en correr un tramo, caminar a la pata-coja otro, en aprovechar el escalón de un centro comercial para hacer equilibrios otro... El problema surgió en el momento de cruzar la calle. La suerte no le ayudó. Los coches en caravana continua no le dejaban espacio y tiempo para cruzar. No se atrevía. Le parecía que sus pies se hundían en el asfalto como si estuviera a la orilla del mar, en la playa. Reconocía que con sus padres, cualquiera de los dos, ya habría cruzado, pero... seguía inmóvil e impotente. De pronto, la salvación llegó revestida de autoridad, con casco, botas de caña alta, guantes de cuero, ¡si pudiera añadirle un antifaz!... El guardia motorizado dejó su cabalgadura de hierro y con el brazo extendido indicaba a los automovilistas que se detuvieran, ayudando con rápidas y cortas tocatas de su silbato. Conseguido esto le invitó a pasar, con toda la mecánica detenida acatándole. Y pasó.

-¡Venga mi niño que parece que estás bobo!

El grito -y el tiron al brazo- de su madre le volvieron a la realidad, la misma realidad. Se

disponían a cruzar la calle para llegar a la otra acera y continuar la ronda de comercios. Las miradas de los futuros cruzados convergían en... el guardia, que intentaba poner orden agitando los brazos, tocando el silbato, girando su figura a uno y al otro lado, añadiendo algún grito, ejecutando un extraño ballet sin coreografía y, algo conseguía a juzgar por los chirridos de algún frenazo. Les tocó el turno. Su madre le cogió fuertemente de una mano y se dispuso a cruzar la calle. Jorgito rápidamente, con la mano libre, buscó en sus bolsillos y repasó sus tesoros: un pañuelo, dos tapas de botellines de cerveza, un boliche de cristal, un trozo de hilo, un paquetillo de chiclets... Se lo habían regalado en uno de tantos comercios que habían visitado aquella mañana, acompañando -estorbando decía ella- a su madre. Los había guardado para saborearlos después en casa, jugando tranquilamente. No se detuvo en más pensamientos. Tampoco podía, si quería seguir la fuerza impulsora de la mamá. Escogió de sus pertenencias lo mejor, el paquete de chiclets. Rápidamente se acercó al guardia que sobre el pedestal aumentaba su figura y su autoridad, rodeado de paquetes, semejante a una estatua votiva admitiendo los presentes de sus fieles. Jorgito con una sensación de miedo y de respeto, depositó su paquete de chiclets que se perdió entre los grandes paquetes, mientras elevaba su fervorosa oración:

-¡Felices Pascuas, señor guardia, y gracias!

Cuando el furgón municipal se acercó a recoger las ofrendas de los fieles que clamaban como siempre la sequía en las denuncias y multas, uno de los recogedores, exclamó:

-¡Hombre, qué gracioso, también dejaron un paquetillo de chiclets!

-¿Un paquetillo o una caja?

-No, lo que te digo, un paquetillo. Será algún chistosillo que se sintió generoso. Lo dejaremos para el que barre.

MORALEJA: Los regalos de Navidad, son como las falsas monedas que, de mano en mano van, y ninguno se las quedan.

M. GARCIA-RODRIGUEZ.